

Cuadernos del Sur



Número 13 ■ Diciembre de 1991

Tierra  fuego
del

LA REVOLUCION DEMOCRATICA DE EUROPA ORIENTAL VISTA DESDE LA IZQUIERDA

Boris Kagarlitsky¹

Entrevista de Gerardo Rénique

—Dados los últimos eventos en Europa Oriental, no es difícil entender que, triunfalmente, la derecha los considere como el fin del socialismo. Desde el campo opuesto, dentro de la izquierda, algunos críticos van incluso más lejos, negando la importancia histórica de la Revolución de Octubre. ¿Cómo entienden los socialistas soviéticos estos acontecimientos, ocurridos entre el inicio del Glasnot y la caída del muro de Berlín, en relación a la vigencia del socialismo?

—En primer lugar, no podemos hablar del fin del socialismo, ya que las sociedades de Europa Oriental no han sido realmente socialistas. Lo que está finalizando en estos países es un período histórico caracterizado por utilización del Estado como el principal vehículo de modernización, y por la existencia de regímenes estalinistas totalitarios que se proponían a sí mismos como la única alternativa al capitalismo, reemplazando en la práctica a verdaderas propuestas socialistas. En el largo plazo, creo que la caída de estos regímenes estalinistas será más bien positiva, ya que, a la vez que constituían una alternativa al socialismo, en muchos casos también lo reemplazaron. Su sola presencia, de otro lado, ha dado lugar a un tremendo desprestigio para el socialismo en nuestros países. Con el estalinismo en el poder ha sido muy difícil argumentar a favor del socialismo.

Ante esta situación, los socialistas en Europa Oriental confrontamos una situación bastante problemática. Ante todo, enfrentamos el gran desprestigio del socialismo ocasionado por estos regímenes que sin serlo se denominaban de esta manera, para las poblaciones de nuestro países, estos regímenes totali-

tarios o posttotalitarios, aparecen al menos como reales, mientras que una auténtica propuesta socialista es irreal, inexistente. En este sentido es que somos cuestionados en términos del significado de lo que proponemos como socialismo.

Bajo estos regímenes estalinistas, que yo denomino como *estatocracias*, se dio una lucha consciente contra toda alternativa socialista, tanto a nivel nacional como internacional. Lo que en la práctica resultó favoreciendo a los países capitalistas al atentar contra el desarrollo de alternativas radicales dentro de sus propias fronteras. En la atmósfera de la guerra fría fue posible utilizar el autoritarismo estalinista como una amenaza a las democracias occidentales. De esta forma, muchos izquierdistas en Occidente, confrontados con la realidad impuesta por el estalinismo, dejaron de lado sus aspiraciones de cambio social por la promesa democrática ofrecida en sus propios países. De otro lado, los interesados en la democracia descartaron las posibilidades de cambio social. Esta desmoralización a la que dio lugar la práctica estalinista entre aquellos que favorecían transformaciones radicales tanto en Europa Oriental como en el resto del mundo, así como la represión de las fuerzas que luchaban por reformas democráticas en Hungría y Checoslovaquia por ejemplo, a la larga frenó el desarrollo del socialismo.

A pesar de que en el corto plazo el colapso de los regímenes autoritarios estalinistas será utilizado como recurso propagandístico por la derecha, en el largo plazo las transformaciones en Europa Oriental favorecerán a la izquierda, sobre todo debido a la desaparición del tremendo obstáculo que estas estatocracias han impuesto al desarrollo del socialismo. Esto es muy importante, ya que de otro lado los problemas generados por el capitalismo no están desapareciendo. Las necesidades objetivas de cambios sociales en los países capitalistas siguen vigentes. Por unos años más se seguirá hablando de colapso del comunismo, pero, al mismo tiempo, dentro de la emergente situación internacional, crecerán las necesidades de cambio y transformación dentro del capitalismo. Además, las demandas por cambios que tarde o temprano se dejarán sentir, lo serán en un contexto libre de la "amenaza comunista".

En ese momento, para vastos sectores será evidente que los sistemas más opresivos serán regímenes capitalistas y no comunistas.

Si bien la caída de los regímenes comunistas en Europa Oriental ha dado lugar a una desmoralización y crisis ideológica que lógicamente viene desfavoreciendo a la izquierda, las propuestas económicas y sociales de la derecha liberal no hacen presagiar un futuro muy optimista. Estos son, por ejemplo,

los casos de Polonia y Hungría, donde la imposición de programas monetaristas neoliberales está dando lugar a gran descontento. Si —como todo parece indicarlo— se mantiene este curso fondomonetarista, no a a pasar mucho tiempo para que la clase trabajadora se dé cuenta del alto precio que les impondrá una transformación de esta naturaleza. Si bien la gran mayoría de la población de Europa del Este rechaza a las estatocracias estalinistas, al mismo tiempo tampoco van a aceptar las consecuencias que entraña el desarrollo del capitalismo.

En el plano más global, la expansión del monetarismo creo que dará lugar a una situación muy interesante. Mientras que en la década de 1980 el monetarismo se restringió casi exclusivamente al Primer Mundo —con notables excepciones, como Chile y Argentina—, en este momento se viene también expandiendo hacia el resto del mundo. Los regímenes estalinistas del Segundo Mundo están siendo reemplazados por nuevos regímenes favorables a la aplicación de programas monetaristas neoliberales. Pero al mismo tiempo que el monetarismo se desplaza hacia la periferia, el propio centro capitalista enfrenta serios problemas. En Inglaterra, e incluso en los Estados Unidos, las políticas monetaristas han dado lugar a nefastas consecuencias. De ahí que dentro de este gran desorden y de la resistencia al monetarismo, tanto en el centro capitalista como en su periferia, pueda muy bien surgir una nueva alternativa global, un real desafío al capitalismo. En ese sentido soy bastante optimista respecto a la situación abierta con el colapso de las estatocracias estalinistas en Europa del Este.

—No existiendo dudas que fue bajo Stalin que el régimen soviético toma una forma autoritaria definitiva, ¿sería entonces correcto señalar que este personaje fue a la Revolución Soviética lo que Napoleón a la Revolución Francesa? ¿Considerarías, entonces, como contrarrevolucionario al régimen estalinista?

—Para este particular caso aplicaría más bien el concepto de “reacción termidoriana” sugerido por Trotsky. El Termidor fue una especie de contrarrevolución surgida de la revolución y, a la vez, producto de ésta. No fue, entonces, una contrarrevolución producida desde fuera de la revolución la que creó la nueva burocracia y las estructuras autoritarias que finalmente acabaron estrangulándola. Se trató de un proceso a la vez dialéctico y trágico en el cual no se puede negar la responsabilidad de los bolcheviques. El estalinismo no fue, pues, introducido desde fuera del bolchevismo, sino que más bien se desarrolló en su interior, provocando a la vez su destrucción.

—¿Qué rescatarías, entonces, de la experiencia bolchevique para la construcción de un nuevo proyecto socialista en la URSS?

—Dentro de la izquierda soviética actual, existe casi absoluto consenso en tomar distancia del “bolchevismo histórico”. No nos proponemos retomar la experiencia de Lenin y Trotsky como si nada hubiera pasado, pero sin embargo nos diferenciamos de aquellos que proponen desechar por completo la experiencia bolchevique negándole toda validez histórica. Yo me inclino por la revaluación crítica de la experiencia bolchevique, así como por la incorporación de sus aportes más valiosos —que por cierto los tuvo— dentro de un nuevo proyecto socialista democrático. Los elementos elitistas y mesiánicos, que pueden ser muy útiles y eficientes durante la lucha por el poder, fácil y rápidamente se tornan peligrosos y amenazantes, especialmente cuando no se tienen condiciones para el desarrollo de la democracia.

Sin embargo, no habría que reducir la experiencia revolucionaria soviética a la de los bolcheviques solamente. Debemos reevaluar también las tradiciones de los movimientos espontáneos —como los entendió Rosa Luxemburgo— y los de las corrientes de izquierda radicales alternativas al bolchevismo. Integradas dentro del bolchevismo, desafortunadamente éstas fueron suprimidas, dejándose de lado sus experiencias y tradiciones antiautoritarias y de movilización directa. De la misma manera, ideas y experiencias del joven Trotsky de 1905 fueron también dejadas de lado, tanto por el Comintern como por el propio Trotsky.

—¿Los socialistas soviéticos toman en cuenta las experiencias más recientes del Tercer Mundo?

—Por supuesto. Sobre todo nos interesa mucho la experiencia de América Latina, en particular la de Nicaragua. El que la revolución nicaragüense haya sido capaz de sobrevivir por 12 años con partidos de oposición legalizados, con sólo excepcionales momentos de restricción a la libertad de prensa, y finalmente convocando a elecciones, es un gran logro. A pesar de las difíciles condiciones impuestas sobre los sandinistas, éstos fueron capaces de llevar adelante una revolución que en otras circunstancias hubiera fracasado. Esta experiencia ha puesto en relevancia la gran importancia de la democracia como elemento central en el proyecto revolucionario, así ésta complique aún más las cosas en una situación de cambio y transformación, la democracia de cierta manera no solamente complica la transformación revolucionaria, sino que también crea condiciones para una fácil desviación hacia el reformismo. Los procedimientos democráticos hacen más difícil actuar de manera revolucionaria, cambiando las cosas rápida y radical-

mente. Si bien la democracia, con sus procedimientos y leyes que no pueden ser rotos, implica una contradicción, la experiencia de Nicaragua —y hasta cierto punto la de Chile— nos demuestran que la izquierda debe confrontar creativamente estas complejas situaciones. A pesar de no ser el camino más fácil, creo sin embargo que es la democracia el camino por el cual debe transitar la izquierda. A la larga, resulta la vía más segura tanto para la sociedad en su conjunto como para el mismo movimiento revolucionario. A través de este camino podrán darse mayores problemas y dificultades, pero a la vez existen también menos riesgos de sacrificar ideas y principios democráticos fundamentales, sobre todo de producir la suerte de Termidor a que dio lugar la experiencia bolchevique.

—¿Cuál sería, entonces, el legado de la Revolución Soviética para el futuro socialismo?

—En primer lugar la vigencia del marxismo como herramienta de análisis crítico. Y en segundo lugar el principio del poder de los trabajadores, en la forma en que fue concebido en los soviets originarios de 1905 y 1917, organizaciones que no tienen nada que ver con los soviets de hoy día, convertidos en instituciones oficiales semiparlamentarias. El mismo principio de poder de la clase trabajadora, de democracia de los trabajadores, la movilización popular en el lugar de trabajo y a nivel local y su transformación en poder local real, ese creo que es el principal legado de la experiencia revolucionaria de 1917.

De otro lado, aunque parezca paradójico, está el aporte de la “estatocracia” que, a pesar de sus muchos aspectos negativos contribuyó efectivamente a la modernización del país. Bajo este régimen, el país se industrializó, se mejoraron notablemente los estándares de vida de nuestra población que, sin ser iguales a los de occidente, son al menos comparables a éstos y están definitivamente por encima de los de los países del Tercer Mundo. La institucionalización de la educación, los servicios médicos gratuitos, el acceso a vivienda para los trabajadores, no hubieran sido posibles sin el trasfondo revolucionario del régimen. Debido a su origen, el sistema tenía que legitimarse a sí mismo aludiendo a su origen revolucionario. De esa manera, al mantener ciertas obligaciones hacia la clase trabajadora, preservaba su más importante base de apoyo social. Estos son, pues, los logros que, en las actuales circunstancias, debemos defender contra los intentos del nuevo proyecto liberal que busca, si no su eliminación, su sustancial recorte.

—Dentro del actual debate respecto a la forma y extensión de principios y procedimientos democráticos dentro del socialismo, existen sec-

tores para los cuales la democracia en el terreno de la política tendría equivalente en la economía con la imposición del mercado. ¿Cuál es tu opinión al respecto?

—Bueno, creo que esto es un absurdo, sobre todo porque las necesidades del mercado son frecuentemente contradictorias con la democracia política. Pero más que eso, pienso que esta problemática respecto al mercado no está correctamente planteada, ya que todas las sociedades modernas a escala global mantienen relaciones de mercado. El problema del mercado no es exclusivo del sistema capitalista sino del desarrollo global de la humanidad alcanzado hasta ahora. Esto significa que cualquier proyecto socialista, en un país particular o en un grupo de países, debe tomar en cuenta el hecho de que todas las sociedades actualmente existentes están basadas en la producción de mercancías. En la Unión Soviética tenemos dinero e intercambio de mercancías; nuestra economía, en cierta forma, es una economía de mercado. El problema es que el modelo soviético como modelo de mercado no ha funcionado. Después de décadas se ha llegado a un estado en el cual las viejas estructuras de administración y los viejos principios que rigen nuestra economía centralizada no funcionan más.

Para la izquierda soviética no está en cuestión el problema del mercado, sino que más bien nos preocupa la interferencia que sobre nuestra existencia nacional podrían provocar las fuerzas del mercado. No queremos un mercado que cree dependencia o que introduzca modelos monetaristas. Tampoco queremos que el mercado paralice nuestra capacidad de actuar como nación independiente, que interfiera con nuestro derecho de establecer nuestra propia estrategia y prioridades económicas. Ni mucho menos nos interesa que el mercado determine nuestro desarrollo social y cultural. En este sentido advocamos un sistema de planeamiento democrático que deberá superar las estrecheces y limitaciones del mercado.

La imposición total de las leyes del mercado, como lo vienen demandando algunos sectores de la burocracia, nos traería más problemas. En ese supuesto caso el mercado no solamente no produciría lo que los consumidores desean o necesitan, sino que daría lugar a desempleo, inflación, déficit de viviendas, desastre ecológico, etc. un desarrollo de esta naturaleza desataría la resistencia popular. En ese caso los auspiciadores de la total liberalización de la economía recurrirían al poder del Estado para defender el mercado. El caso de Pinochet es ilustrativo de cómo, sólo a través de formas dictatoriales, es posible defender al mercado de la presión social. Sin la menor duda, en escenarios de esta naturaleza el mercado contradice frontalmente la

vigencia de toda forma de democracia política. Este muy bien podría ser el caso de algunos países de Europa Oriental, en los que la imposición de modelos económicos monetaristas neoliberales, asociados al recorte del estándar de vida de los trabajadores, está generando una resistencia popular.

—Es lo que viene ocurriendo en Polonia...

—Cierto. Está sucediendo en Polonia, con una resistencia de los trabajadores debido a la traición del liderazgo de Solidaridad. Lo paradójico de esta situación es que la liberalización económica está siendo llevada a cabo por un gobierno que no ha sido democráticamente elegido, sino que fue más bien producto de la negociación entre el PC y Solidaridad. Más aún, en las condiciones actuales, el gobierno polaco ha manifestado abiertamente que las elecciones libres serían contraproducentes para la estabilidad del régimen, sobre todo en este momento, cuando viene desarrollando sus reformas. Si en los próximos dos o tres años las reformas en Polonia no dan fruto, la situación política se puede deteriorar al punto de no convocar elecciones, pudiendo muy bien producirse una dictadura militar o el establecimiento de un nuevo régimen oligárquico.

—Al desarrollo de un mercado en estas condiciones de capitalismo monetarista neoliberal, los socialistas soviéticos opondrían un sistema de planeamiento democrático. Pero éste necesariamente tendría antecedentes en el planeamiento centralizado...

—Por supuesto, pero antes habría que tamizar muy cuidadosamente la experiencia histórica de los regímenes "estatocráticos", recuperar solamente los aspectos más positivos de su denominado planeamiento socialista. Bajo un sistema de planeamiento democrático, habrá absoluta garantía para las prioridades sociales, como salud, vivienda y educación, servicios considerados por el pueblo soviético como derechos naturales desde su inscripción en la Constitución desde tiempos de Stalin. No se tratará solamente de incorporar derechos como los anteriormente mencionados dentro del nuevo sistema, sino que éste deberá ser sobre todo democrático.

—Esto implicaría la total reestructuración del Estado...

—Efectivamente. Es por esto que en este momento nuevamente la cuestión del Estado, el tipo de economía y la naturaleza del cambio se encuentran en el centro de la discusión dentro de la izquierda socialista soviética. Así, ante los intentos de privatización de las empresas estatales levantamos la propuesta de su redistribución entre diferentes formas de propiedad dentro de un Estado democrático. Proponemos la creación de propiedades vecinales y comunales a diferentes niveles, así como la adjudicación de derechos de

propiedad a los parlamentos y concejos locales y regionales, y a las asociaciones o juntas representativas de diferentes sectores sociales. A nivel de empresas, éstas se regirían por el principio de autogestión obrera.

—¿Contemplan también formas de dar mayor poder de participación y decisión a los consumidores?

—Por supuesto, sobre todo si se toma en cuenta que una democracia obrera pura, en la que sólo los productores toman decisiones, puede en muchos casos atentar contra los intereses de los consumidores y la ecología. Esto representa un gran desafío, ya que este problema nunca fue abordado por el marxismo. A la vez, este es también uno de los elementos más débiles en la crítica anarcosindicalista al marxismo. Resulta entonces que sobre este crucial aspecto los críticos del marxismo están aún en peor pie que los propios marxistas. Creo que todavía no se entiende suficientemente que una democracia exclusiva de productores en cierta forma limita el ejercicio democrático de aquellos que no son productores directos, y de los productores directos en otras ramas industriales.

—¿Cómo consideran, entonces, estas limitaciones en su formulación de un socialismo democrático?

—Una posible solución sería a través de la creación de empresas comunales en las que participen tanto consumidores como productores. La organización interna de la empresa estará, empero, determinada por los productos mismos. Es en la administración y manejo de las empresas donde el poder de los productores alcanzará su más alta expresión. Esto no puede ser de otra forma, ya que para los trabajadores el trabajo productivo no creo que se reduzca a un problema salarial o de supervivencia, sino que éste es más bien el elemento determinante de su existencia, de su realización como seres humanos. Si el trabajo productivo es el elemento central de la vida y la existencia de los trabajadores, éstos tienen el derecho de organizarlo de la mejor manera que sirva a su realización. Este modelo, sin embargo, no estará libre de contradicciones y problemas. No tengo la menor duda de que se darán fricciones entre los productores y la comunidad, ya que los intereses de ambas partes no necesariamente serán siempre semejantes. Al igual que la vida, esta experiencia será también, por naturaleza contradictoria.

Dentro de la nueva estructura productiva existirán también, por supuesto, diferentes prioridades sociales y nacionales. Asimismo, ciertos recursos estratégicos se mantendrán bajo control de la nación. El control y administración de estas empresas nacionales pasará de manos de los organismos

burocráticos centralizados al control de comisiones especiales nombradas y controladas por el parlamento.

—Obviamente, esto implicará la democratización del aparato estatal y sobre todo del proceso de toma de decisiones...

—Exactamente. Al respecto, los socialistas favorecemos una combinación entre formas de democracia directa al estilo de los soviets revolucionarios, con formas tradicionales propias de la democracia representativa. Elemento central de la reestructuración del Estado será la descentralización de la toma de decisiones, que descansará fundamentalmente en las formas de democracia directa. En la práctica, la labor parlamentaria descansará en los organismos democráticamente gestados a nivel de las bases entre sindicatos, comunidades, asociaciones representativas de diferentes sectores sociales, etc. Esto, por supuesto, no estará exento de contradicciones y conflictos, pero creo que será la única manera de ir gestando una verdadera democracia, diferente a la propuesta por las corrientes liberales que, por el contrario, tratan de reducir al mínimo la participación popular directa.

—Desde sus inicios las reformas de Gorbachov crearon grandes expectativas entre los más diversos sectores de la sociedad soviética, creándose incluso un Frente Popular por la Perestroika. Desde tu posición de fundador y activista en ese frente, ¿cómo evaluas el impacto que sobre éste ha tenido el debate respecto a la liberalización de la economía y la implantación de un sistema de mercado libre?

—En un principio, el apoyo a la Perestroika fue casi unánime. Todo el mundo estaba en favor de las reformas. Sin embargo, más adelante nos dimos cuenta de que diferentes personas teníamos diferentes ideas de lo que debería transformarse y de cómo debería transformarse. Así, de repente nos encontramos en una situación en la cual las diferencias entre la izquierda y los liberales eran cada vez más evidentes. De esta forma, la inicial alianza de estos dos sectores que apoyaban las transformaciones democráticas empezó a desvanecerse.

—¿Podrías ser más explícito acerca de la naturaleza de esta alianza?

—El FPP fue organizado en 1988 en diferentes partes de Rusia como un movimiento en favor de las reformas propugnadas por Gorbachov, contando con participantes de las más variadas tendencias ideológicas. En el particular caso de Moscú, la organización recayó sobre todo en los socialistas. De ahí que en la capital nuestros objetivos fueran más definidos, demandando democracia a la vez que autogestión obrera. Ahora la situación es diferente, debido a que Gorbachov progresivamente se está inclinando por una vía pro-

capitalista, al estilo de Polonia. Fortaleciendo su poder personal como presidente, Gorbachov fortalece a la vez los elementos autoritarios del sistema. Asimismo, también está tratando de apurar la transición hacia la imposición de un mercado puramente capitalista.

En cuanto a la oposición oficial en el Congreso de Representantes del Pueblo, está fundamentalmente compuesta por burócratas que de una u otra manera entraron en conflicto con Gorbachov o fueron separados de su equipo de colaboradores más cercanos.

—¿Cómo fue el caso el Yeltsin?

—Efectivamente, y esos son también los casos de Afanisiev y Popov, quienes al igual que Yeltsin también tienen una larga trayectoria como funciones y cuentan con el apoyo de sectores de la burocracia. En realidad, no se trata de una verdadera oposición, ya que en la práctica no se oponen en lo sustancial al proyecto de Gorbachov. Se oponen simplemente a medidas y disposiciones muy particulares. En cambio nosotros, los socialistas, oponemos un proyecto alternativo, socialista y democrático.

Así, del inicial apoyo crítico a las reformas de Gorbachov, el Frente asumió luego una posición de oposición constructiva, para finalmente desintegrarse en diferentes agrupamientos. En la actualidad, los socialistas nos estamos perfilando como alternativa política, por lo cual estamos empeñados en la creación del Partido Socialista. Hasta el momento nos venimos desenvolviendo con relativo éxito. Por ejemplo, de los cuatrocientos representantes recientemente elegidos al Concejo Municipal de Moscú, cuarenta lo fueron como representantes del programa socialista. Este logro electoral es bastante significativo, sobre todo si se tiene en consideración la tremenda fragmentación política en la capital. Sólo en el Concejo Municipal están representadas unas veinte tendencias o agrupaciones.

—¿Y cuál es el espectro político de estos diferentes grupos?

—Tenemos de todo. Desde liberales hasta fascistas como Samyat, e incluso algunos representantes anarquistas. Al momento no tengo resultados exactos de la elección... Pero sí me he enterado de que, mientras me encontraba de visita por los Estados Unidos, salí elegido por la lista socialista.

—Además de Moscú, ¿cuál es la influencia de los socialistas en el resto del país?

—Bueno, tenemos importante influencia en la clase trabajadora en Siberia. Fue durante las huelgas de 1989 en esa región y por presión de los trabajadores, que se creó el Comité Organizador del Partido Socialista. En ese contexto, los trabajadores demandaron la creación de una organización a

nivel nacional que llevara la lucha sindical al plano de la lucha política. Así, el presidente del Comité de la Huelga en Prokop'yevsk, el centro de la lucha minera, fue también elegido como representante al Congreso de Diputados de Rusia, así como al Comité Organizador del Partido Socialista en Siberia. Otros importantes líderes en los diferentes comités de huelga en toda la región también se han incorporado a los comités locales de organización del partido; y entre aquellos que no se han incorporado directamente existe un gran apoyo al proyecto socialista. Creo que nuestro éxito reside en el hecho de que somos el único proyecto político que defiende los intereses de la clase trabajadora. Desde nuestros inicios tuvimos la intención no sólo de dar forma a una corriente intelectual, sino la de generar un movimiento asentado en la clase trabajadora. A diferencia de los centros industriales de provincia, en los grandes centros urbanos como Moscú o Leningrado los socialistas somos relativamente débiles debido a la gran influencia de ideas liberales entre la *intelligentsia*, así como por el hecho de que en esas ciudades la clase obrera no está muy bien organizada, por tratarse de trabajadores temporales provenientes de otras regiones del país. La ciudad de Irkutsk, con una importante universidad rodeada de centros industriales, es una importante zona de actividad socialista, donde la proximidad física entre intelectuales y trabajadores facilita bastante el trabajo organizativo.

—¿Atraen los socialistas a miembros del Partido Comunista?

—Por supuesto. Algunos de los líderes de la denominada "Orientación Democrática" dentro del PC, son a la vez participantes de las comisiones de organización del Partido Socialista. Esta participación ha sido uno de los elementos fundamentales en la consolidación del proyecto socialista. Como lo mencioné anteriormente, el otro factor importante se gestó alrededor de los Comités de Huelga de las regiones mineras el año pasado. En este sentido, la oleada huelguística que pronosticamos para fines del próximo verano (*julio-agosto, G.R.*) será determinante en el desarrollo de nuestro proyecto. La sanción de un movimiento obrero independiente por parte de los nuevos Comités de Huelga creará óptimas condiciones para la consolidación del proyecto socialista. De esta forma no estamos solamente creando un partido sino también impulsando un movimiento con sólidas raíces en los sindicatos y los Comités de Huelga.

—Respecto a la juventud, ¿qué pasos han dado los socialistas para buscar su apoyo?

—Hemos logrado algunos avances a pesar de que desafortunadamente los estudiantes no tienen mucho interés en la política. Sin embargo, muchos de

nuestros activistas son bastante jóvenes. Yo diría que su edad promedio fluctúa alrededor de los 25 o 26 años. Los camaradas que han pasado de los 30 son considerados veteranos. Ese es, por ejemplo, el caso de uno de nuestros principales organizadores en Moscú que, con solamente 22 años, es bastante conocido en todo el país y hasta ha sido atacado a través de *Pravda*.

—Bueno, tú solamente tienes 31 años de edad y has pasado un año en prisión:

—Sí, es cierto. Un paso importante respecto al trabajo juvenil es la organización de la Federación de Juventudes Socialistas. Esta se dio a raíz de la renuncia al PC de la Liga Juvenil Comunista (Komsomol) de la Universidad de Moscú, que se plegó a nuestro proyecto.

—¿Cuál es el próximo paso del Comité Organizador del Partido Socialista?

—Por el momento vamos a continuar con la consolidación y creación de comités organizadores que a varios niveles se vienen multiplicando en varias partes del país. Esto debido a que, por ahora, no queremos forzar a miembros del PC a apurar su salida del partido. Mientras mantengamos esta situación, los miembros del PCUS pueden seguir perteneciendo a este partido. Por ahora no creemos que sea conveniente acelerar la crisis de disolución del PC. Sin embargo, si las condiciones lo permiten, para fines de otoño podremos dar inicio al proceso de elección de representantes al congreso de fundación del PS.

—¿Se realizará en Moscú?

—Hay varias propuestas que piden que se realice en Siberia. Será más claro y dificultoso, pero creo que altamente simbólico. Todo parece indicar que se efectuará en Prokop'yevsk, que fue el centro de la huelga minera de 1989.

—Una de las tensiones desatadas por la Perestroika ha sido la de los movimientos nacionales y por la autodeterminación. ¿Cuál es la posición de los socialistas al respecto?

—Nuestra posición fundamental al respecto es la de defensa de los derechos de las minorías a la autodeterminación. Sin embargo, se dan casos en que algunas minorías son a su vez bastante opresivas con sus propios sectores minoritarios. Por ejemplo, nosotros apoyamos el derecho de Georgia a la independencia, pero a la vez nos oponemos a que los georgianos limiten los derechos de los abakasianos. En este último caso apoyamos a esto últimos porque consideramos que cada minoría nacional debe tener los mismos derechos. Lo mismo ocurre con Lituania. Los socialistas apoyamos las demandas

de independencia del pueblo lituano; sin embargo, apoyamos los derechos de sus minorías polacas a igualdad de derechos.

—Si pudieras ser más concreto con esta posición, respecto a Lituania por ejemplo.

—Bueno, en primer lugar hay que tomar en cuenta la heterogeneidad del movimiento de independencia en Lituania, del cual participan funcionarios, intelectuales y trabajadores, unificados alrededor de un único punto: la independencia. El liderazgo del movimiento está compuesto exclusivamente de intelectuales de élite y burócratas, sobre todo estos últimos, que fundamentalmente buscan recuperar las prerrogativas y privilegios controlados desde Moscú. Fue, por ejemplo, el caso de Estonia, donde una consigna proclamaba: “Todo el poder de los ministerios en Moscú a los ministerios en Tailin (*capital de Estonia, G.R.*)”. La columna vertebral de muchos de estos movimientos independentistas la conforman burócratas que están a la búsqueda de más derechos y más poder. Esta es una de las razones por las cuales los socialistas sospechamos del liderazgo de algunos de estos movimientos. Esto, empero, no significa, repito, que estemos contra la demanda por independencia. Si las mayorías se pronuncian y manifiestan por ésta, se les debe conceder la independencia. A nuestro entender, la sola independencia no resolverá, sin embargo, todos los problemas. Deberá estar acompañada de un programa alternativo de mejoras económicas y sociales. En la mayoría de los casos, esto último no ha sido ni siquiera sugerido por los líderes de estos movimientos.

—¿Cómo resumirías, entonces, la política socialista hacia estos diferentes movimientos de independencia?

—Formulamos nuestra posición diferenciando la existencia de derechos humanos y derechos nacionales o étnicos. Los socialistas apoyamos ambas demandas. Pero si los derechos nacionales o étnicos se contradicen con los derechos humanos, en el sentido de que se quiera lograr la autodeterminación estableciendo regímenes antidemocráticos autoritarios o totalitarios, apoyamos los derechos humanos y nos oponemos a esa independencia. El camino a la independencia y autodeterminación debe ser en sí mismo democrático. Por ejemplo, cuando en Estonia se intentó privar a los trabajadores rusos de sus derechos democráticos de expresión, los socialistas apoyamos a estos últimos. A la inversa, cuando Moscú envió tropas para aplastar las demandas de los lituanos, nosotros apoyamos el derecho de independencia.

—¿Cómo analizas los sucesos de Europa Oriental, en comparación con lo que viene ocurriendo en la Unión Soviética? ¿Cuál es la possibili-

dad en estos países —si existe alguna— de que fuerzas socialistas y democráticas sean capaces de construir una oposición fuerte y viable?

—La situación en Europa Oriental es algo complicada debido a la debilidad de la izquierda y a la desmoralización entre vastos sectores populares creada por el propio liderazgo de la izquierda tradicional. Al menos esos son los casos de Polonia y Hungría. En este último caso, los líderes izquierdistas de la oposición se convirtieron en líderes de los demócratas libres, un partido de derecha de corte reaganiano o thatcherista. Así, tanto la izquierda húngara como la polaca se encuentran en una terrible crisis. Pero, por otro lado, creo que las políticas económicas monetaristas que se están aplicando en esos países van a dar lugar a un descontento y una resistencia, de los cuales sin lugar a dudas emergerán fuerzas políticas que muy rápidamente se podrán convertir en elementos gravitantes en el espectro político. De esta manera, las fuerzas políticas que hoy día en Europa Oriental ocupan una posición marginal, en un futuro no muy lejano pueden tener importancia central. La situación puede cambiar más rápida de lo que a veces imaginamos.

Respecto a Hungría, soy menos optimista. Pareciera que la falta de experiencias y movimientos de masas después de la insurrección de 1956, juntamente con las políticas monetaristas, están generando una situación de apatía y frustración. En Polonia, con la virtual fractura de Solidaridad, la reconstitución de un poderoso movimiento obrero es bastante factible. En Alemania, por su parte, la situación se presenta bastante interesante. Si bien electoralmente la izquierda fue derrotada —Nuevo Fórum apenas obtuvo el 3% de los votos—, la reunificación de las dos Alemanias también va a dar lugar a la reunificación de sus izquierdas, que en conjunto se perfilan como una poderosa fuerza política. El mayor error de la izquierda de Alemania Oriental fue haber insistido en su propio socialismo, sin considerar la reunificación socialista de ambos países. Así perdió iniciativa política. La izquierda de Alemania Oriental tardó mucho en asimilar el hecho de que la reunificación contaba con el apoyo de las grandes mayorías en ambos países. En Alemania del Este, como en el resto de Europa Oriental, la opinión pública y los sentimientos y percepciones de sus poblaciones están pasando una profunda y dramática crisis, de suerte tal que la situación es bastante inestable y muy flexible. El que en este momento ciertas fuerzas políticas estén derrotadas, no significa que lo serán necesariamente en el futuro mediato.

—¿Y en Checoslovaquia ¿cuál es la situación?

—La situación en Checoslovaquia es bastante particular. Este es un país más próspero y estable, y creo que el de mayores posibilidades en Europa

Oriental para lograr una exitosa integración en el mundo capitalista desarrollado. De otro lado, su gobierno es más moderado respecto a la aplicación de medidas monetaristas, de manera que su integración a la economía capitalista internacional no será tan acelerada como, digamos, es el caso de Polonia. Lo más probable es que su PC se socialdemocratizará, y en conjunto con otras fuerzas políticas afines, establecerán una economía mixta similar a la existente en Suecia. A diferencia de otros países de Europa del Este, donde la situación económica es crítica, Checoslovaquia no generará un modelo revolucionario muy radical. La situación de este país dependerá de los próximos acontecimientos europeos. Una posibilidad es que se integre al Mercado Común Europeo como país capitalista de segundo orden —como es el caso de España— o que se incorpore a un nuevo agrupamiento socialista democrático de los países de Europa Oriental.

El desenlace final de la situación en nuestros países no se jugará exclusivamente en Europa, sino más bien en el plano internacional, ya que también dependerá de las luchas en el Tercer Mundo y de la habilidad para conectar éstas con las nuestras, así como con las que libran los trabajadores del Primer Mundo.

—Finalmente, ¿cuál crees que será el impacto de los acontecimientos en Europa Oriental en el movimiento obrero capitalista, las luchas del Tercer Mundo y en la situación internacional en general?

—Bueno... para darte una idea de nuestra percepción de la situación internacional, te diré que en la Unión Soviética los socialistas prestamos muy particular atención a los acontecimientos del Tercer Mundo. La situación que confrontan nuestros países en Europa Oriental con la aplicación del proyectos monetaristas del FMI, nos coloca en una irremediable situación de “tercermundización”. Al igual que en países como el tuyo, nosotros también empezamos a enfrentar problemas de deuda externa, economías de exportación dependientes del control de empresas multinacionales, tecnologías que contaminan el ambiente, intentos de explotar fuerza laboral no sindicalizada. En otras palabras, existe el intento real de transformar Europa Oriental en elemento periférico del capitalismo internacional. De allí la necesidad del establecimiento de un frente unido contra este proyecto monetarista internacional.

En este contexto, la resistencia de los trabajadores en Europa Oriental en cierta medida ayudará al fortalecimiento de la izquierda en el Tercer Mundo. Esta lucha conjunta multiplicará los problemas para las corporaciones multinacionales y los centros capitalistas. La resistencia a los planes del FMI debe

constituir nuestra primera e inmediata medida. En una segunda instancia, debemos elaborar una alternativa a la nueva división internacional del trabajo que acompaña al proyecto monetarista. Una iniciativa concreta podría ser la creación de un diálogo Este-Sur, así como el establecimiento de proyectos de cooperación económica de largo plazo, el desarrollo conjunto de tecnologías apropiadas combinando el potencial y recursos existentes en ambas regiones. De esta forma, tanto Europa Oriental como el Tercer Mundo estaremos en condiciones de crear una tecnología apropiada a nuestras condiciones y ecológicamente segura. En este sentido, asumimos el desarrollo de economías ecológicamente responsables no exclusivamente desde una perspectiva "verde", sino sobre todo "roja", como parte de la lucha contra el capitalismo y el imperialismo. Al respecto, el problema de la contaminación ambiental no es solamente una consecuencia de la civilización industrial, sino sobre todo del capitalismo internacional y del tipo de desarrollo industrial impuesto sobre los países pobres.

Concretando sobre este punto, en nuestro análisis y perspectiva de la situación internacional, los socialistas soviéticos damos prioridad al Tercer Mundo. En ese sentido, consideramos que los países de Europa Oriental y del Tercer Mundo compartimos los mismos intereses estratégicos. Socialmente nos podremos encontrar en mejor situación que muchas partes del Tercer Mundo, pero por nuestra superior educación y potencial tecnológico el capitalismo internacional ha puesto sus miras en nuestros países con el propósito de aprovechar estos avances. Sus intenciones de explotar nuestros recursos, al igual que en los países del Tercer Mundo, no coinciden con los intereses de nuestras poblaciones, de ahí la necesidad de dar forma a estrategias tanto nacionales como internacionales contra el capitalismo.

Nota

- ¹ Los agitados y rápidos sucesos ocurridos después de esta entrevista: el empeoramiento del problema de las nacionalidades, la agitación laboral y la acelerada transición a una economía regida por las leyes de la oferta y la demanda no parecen sino confirmar las percepciones del entrevistado acerca del carácter dirigista y antidemocrático que desde el "verano caliente" de julio-setiembre de 1988 empezara a tomar Gorbachov y la Perestroika.